FÁBULA

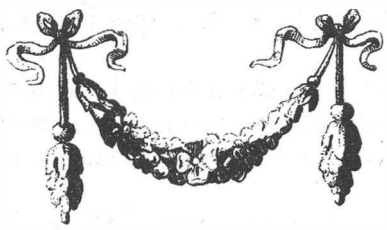
HOY quisiera poner el corazón
en hora con mi infancia,
para contar los lirios, las hormigas
mártires que cayeron debajo del dolor.

Además, es verano
y he de hacer provisiones de recuerdos
por si viene la lluvia y el violín del otoño
se empeña en no volverme triste.
Por tanto, voy a edificar
un castillo de arena con mi vida:

«Érase que se era un niño solo,
en sombras, solo, en un pasillo.
La llave de la luz
era la llave aún de la alegría.
Y el niño solo no llegaba.
Alargaba los brazos y estaba casi a punto de encender,
cuando las manos se le deshacían,
se le venían abajo como flores de agua.
A oscuras rasgueaba la tristeza
y el miedo, a veces, iba a morderle por dentro.
(Porque era un niño solo,
en sombras, solo, en un pasillo.)

He aquí que un día el silencio
se le rompió en pedazos de palabras,
como un espejo.
Y el niño solo no sabía
dónde esconderse, adónde
llevar su corazón para beber.
Se encontró de repente
con su tristeza alta, como un monte.
Y le costó subir a los últimos picos,
pero lo hizo emocionado.

Y alargando los brazos desde allí,
nuevamente,
empezó a echar a todos
piedras grises, testigos de su infancia
y de cómo le había crecido con los años



CARLOS SAHAGÚN